

MATILDE

HISTORIA DE UNA MODISTA

POR

Constantino Lombart

VALENCIA

Imprenta y librería de Ramón Ortega, editor.

BAJADA DE SAN FRANCISCO, 11

—
1884

Es propiedad del Editor.

AL DISTINGUIDO TIPÓGRAFO

D. Ramón Ortega Paredes

En testimonio del afecto que le profesa su amigo

C. Lombart.



LA LÍRICA Y EL NATURALISMO


 O lector amantísimo, quien quiera que seas, de Levante ó Poniente, Norte ó Sur, perdona si es mi primera palabra lamentación y angustia! Porque no de otra suerte que aquel famosísimo y nunca bien celebrado ingenio autor de *D. Quijote*, en el arreglo y confección de su prefacio, hállome yo ante las cuartillas vírgenes de este malhadado Prólogo. Y bien dicho está malhadado, pues que viene á ponerme en confusión y aprieto, como nunca pensé hallar en estos trotes literarios, al parecer tan sencillos y felices.

La perplejidad es suma, las dudas grandes; y sin embargo, ello ha de salir; porque promesa en boca española, ha de ser cumplida; y á ello fuerza nuestra caballerosidad que no va sólo en romances y tradiciones. Así, yo corto por lo sano, y cogiéndome á la obrilla cuya portada voy haciendo, y recordando algo de lo que escribió D. Leopoldo Alas sobre «La Lirica y el Naturalismo,» pidiendo perdón á unos como á otros de lo que saliere si no satisface, comienzo el Prólogo, antes que mi amigo Llombart se impacienta, con razón, aunque muy á pesar mío.

La idea del autor de *Matilde* es la de escribir una serie de *Leyendas contemporáneas*—así las titula—de las cuales es aquella como introducción y primera muestra. Pero las tales *Leyendas*—en esto un tantico lejanas de su bautizo—han de ser trozos y cuadros de la vida actual, y cuadros verdaderos, rebosando color, exactitud, *naturalidad*. Y aquí de la cuestión. Llegamos al punto crítico de toda la literatura moderna: el *naturalismo*.

En otro sitio llevo ya dicho mi parecer y juicio sobre tan grave cuestión, con toda la plenitud y detenimiento que requiere. Por lo tanto, no insisto en ello; aunque sí he de detenerme á considerar este aspecto particularísimo del problema: *La Lírica y el Naturalismo ¿Puede ser naturalista la Lírica?*

Por de contado que tenemos por muy legítima y altamente beneficiosa la tal tendencia literaria—que no es como quieren hacerla Luis Alfonso, González Serrano, Benjumea ó Brunetiè-re—sino de otro modo muy superior y muy por encima de los extravíos individuales de algunos de sus adeptos. Sucede con el naturalismo, en gran parte, lo que con la doctrina de Jesús; no sería lícito condenarla por la conducta de sus adeptos. Siguiendo este criterio, pocas ideas saldrían libres de la censura, y aún diré que todas ellas habrían de ser censuradas.

Pero, viniendo á nuestro punto; si bien el *naturalismo* (ó realismo) tiene hoy su auge y desenvolvimiento en la novela, no es esto decir ni afirmar que, en todo otro punto y con todo otro género, sea vana é inútil la doctrina; antes se compadece con todos ellos y á todos puede dar vida nueva y plenísima.

Pudiera creerse lo contrario, por los caracteres especiales que hoy reviste la escuela naturalista. Quizá se objete el marcado punto *objetivista*, que descubre la novela contemporánea, y que

choca, sin duda, con la nota especialmente *subjetiva de la Lírica*. Pero no hay tal. Adviértase, desde luego, la diferencia entre el género *novelesco* y el *lírico*; y una vez advertida, fácil es razonar, cómo ha de aplicarse el naturalismo á uno y á otro. No será sin amoldarse á la *tesitura* (que pudiéramos decir), de cada cual; con lo que si es principalmente *objetivista* en la novela, no ha de serlo del mismo modo en la Lírica.

¿Pero es que el *naturalismo* puede dejar de ser *objetivo*, y dar entrada franca al *subjetivismo*? ¡Pues no ha de poder! Y perfectamente y sin sufrir detrimento, piensen lo que quieran aquellos para los que el naturalismo está divorciado de la belleza. En esto hay opiniones muy divertidas y especialísimas de todo en todo. Desde luego que no hay Dios ni fuerza capaz de mover á los críticos del sitio y punto que han escojido para desde allí asaetear á Zola y... *ejusdem furfuris*. Nada! Que la moral, que el desnudo, que la idea!... ¡Ah, santos varones, que condenando el *experimentalismo*, no véis sino lo muy tangible y cercano! ¿Si creeréis que no hay más que novelas eróticas y estudios de bustos y exámenes de *modelos*?... Vamos, tiene poca gracia que hagamos del naturalismo un arco de iglesia. Si al fin se reduce á pintar bien, á pintar con verdad y no con mentira, con finjimiento, con farsa, con modificación y convencionalismo. Por lo tanto, ni se ciñe á describir cementerios, ni alcantarillas, ni hospitales.... esto es privativo del autor, y á él hay que echarle las culpas y no al naturalismo.

Pero volviendo á la Lírica. ¿No ha de poder ser naturalista y naturalista con *subjetivismo*? Comencemos por decir que en la novela hay algo y aun mucho que no es ni puede ser *objetivo*. Está allí el autor, cuya personalidad se transparenta y deja ver entre los claros de los renglones, soplando un vientecillo de apre-

ciación sobre los personajes y los lugares, dándoles algo de su *modo propio* y de su estilo.

En la Lirica se comporta muy bien una cosa con otra. Lo que hay que decir es, que no toda la Lirica—ni aun la perfecta *lírica*—es manifestación intempestiva y gemidora de los amores infortunados y desengaños cruentos que el poeta padece. Y no es esto, porque suelen tener tales lamentaciones, mucho de finjidas é imaginadas. De lo que puede ser la Lirica algo dirían, caso de preguntarles Heine, Musset, Nuñez de Arce y Campoamor. Pintar lo que buena y naturalmente se siente ó se piensa ó se cree refiriéndolo á un objeto, decir lo que otros piensan y sienten y creen, moviendo en acción caracteres que podrán más ó menos encubrir al poeta, pero que no pecan de inverosímiles; retratar los gustos y tendencias y flacos y grandores de la sociedad haciendo salir al hombre que la compone.... decir el estado del ánimo ante las bellezas de la madre tierra y evocar sin mixtificaciones ni entusiasmos atentatorios á la verdad el esplendor de la naturaleza... eso debe ser justamente la *lírica* y en eso se aunan bien naturalismo y subjetivismo.--Peregrina, que no es autor sospechoso, ha comprendido algo de lo que decimos, y allí están sus poesías, burlas finísimas de los poetas chirles que pintan el campo á su modo y fantasía, ó según el humor con que se levantan cada mañana del catre... ó de la cama... ó del sofá; porque todo sirve para dormir.—Los poemas de Musset (*Rolla, Porcia, Las Noches...*) los cantos de Heine, las *Doloras* y los *Pequeños poemas* de Campoamor, así como algunos de los escritos por Nuñez de Arce y aun por Velarde, pueden servir de norma. A ver si puede existir lirica naturalista, subjetivismo sin melenas y con verdad!

Y eso que ciertos de los ejemplos que van puestos no pasa-

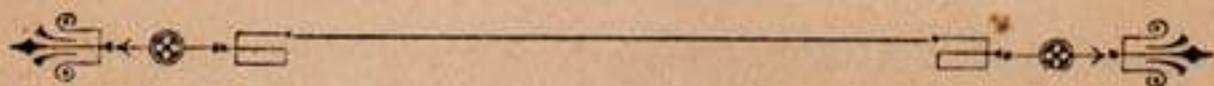
rán á la historia como pertenecientes al naturalismo, ni conocieron á Zola, ni á Brunetière. Pero márcase ya en ellos la tendencia libérrima y vitalísima de romper moldes estrechos y fórmulas tradicionales, para dar al arte lo que es suyo y legítimamente le pertenece.

Todo esto considerado, paréceme muy bien —y al lector sensato ha de parecerle mejor— que el Sr. Llombart procure alisarse en las filas del *naturalismo*. ¡Dios le pague tan santa intención! Escriba, escriba muchas *Leyendas contemporáneas*, y haga palpitar en ellas la plenitud de la vida y diga lo que es, sencillamente, sin pasmos, ni admiraciones, ni gimoteos, ni sensiblerías, ni... embustes, vamos. Hora es de que cese aquella vulgar frase de que los poetas sólo sienten en los versos, que es tanto como decirles que mienten á la vuelta de cada esquina y con la mayor frescura. *Matilde* empieza á ser algo de lo que ha prometido Llombart y yo espero. Tiene verdad. Es una acción vulgarísima; la vemos y oímos contarla todos los días, y por eso no nos conmueve. Pero en verso, en poema... ya es otra cosa. En la vida diaria, pasa; en el poema impresiona y hace pensar. Respecto á los detalles, hay no pocos perfectamente naturales, y hasta llenos de esa simpática familiaridad que tanto complace. La forma va teniendo menos hojarasca y bambolla y más exactitud y sencillez, que puede mantenerse muy bien sin dar en el tropiezo de lo pedestre.

Por lo tanto, buenos ánimos á Llombart, y mi voto por su idea, cuyo buen éxito y feliz desempeño quisiera para su prólogo, portada ó preliminar, éste, que será su atento y seguro servidor, lector amigo,

R. ALTAMIRA.



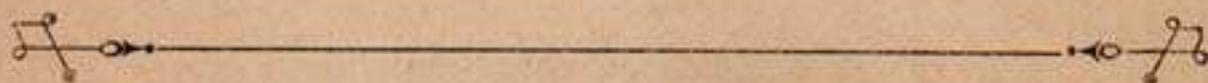


LA GOTA DE AGUA.

OTRO PRÓLOGO QUE, SIN SABERLO, HA ESCRITO EL GRAN
VÍCTOR HUGO, Y MAL TRADUCIDO DESPUÉS EL AUTOR DE «MATILDE»,
PARA ENCABEZAR ESTA LEYENDA.

¡Oh, no; no insultemos nunca
A una mujer cuando cae!
¡Quién sabe bajo qué peso
Sucumbe su alma, quién sabe!
¿Quién de vosotros no ha visto
Despedazada arrastrarse,
A alguna de esas mujeres
Que desfallecidas caen,
Y con las manos crispadas
Piden ¡ay! que las levanten?...
—Tal, de una rama al extremo,
Gota de lluvia brillante
Rehila, hasta que la expulsa
De allí una ráfaga de aire,
Y tiembla á la sacudida,

Se agita y lucha, y la que antes
Perla fué, caída apenas,
Sólo es fango deleznable.
—Y la falta está en nosotros,
En tí, rico; en tu oro infame!
Mas si aún contiene aquél fango
Del puro liquido parte,
Para que la gota de agua
Deje el polvo despreciable,
Y de esplendor al estado
Torne otra vez, es bastante,
—Y de esta manera todo
Puede á la luz remontarse,—
Que un rayo de sol la alumbre,
Que un rayo de amor la bañe.



METAMÓRFOSIS

Cual delicada flor en su invernáculo,
Honesto y pura en su morada vive,
La perla de sus padres,
La cándida Matilde.

Ella de su vejez es la esperanza,
Ella por complacerles se desvive,
Ella con grande esmero
Les cuida y les asiste.

Ella con el producto de sus manos,
Que en las finas labores se distinguen,
De su honrada familia
Es el sostén más firme.

Sin descanso trabaja á todas horas;
Sufre, si algo les falta, lo indecible;

Sus pequeños hermanos
La ayudan y la sirven.

Son aún más niños que ella, y ella apenas
Cumplido habrá los diez y nueve abrilés;
¡Es un ángel! Sus padres
La adoran, la bendicen.

Fría es la noche y tormentosa... duermen
Ellos, confiadamente, sin sentirse;
Silba el viento en la calle,
Diríase que gime.

Sóla en su habitación ella está en vela,
Y del quinqué á la luz, luz que se extingue,
Una gallarda rosa
Se ve que la sonríe.

Puesta en límpido vaso, que es su trono,
Mientras respunta con afán Matilde:
La flor, sobre la máquina,
Semeja que la envidie.

Hermanas son, ambas espigas tienen;
¡Las dos tal vez á un tiempo se marchiten!
¡Cuán breve es la hermosura
De que las dos se engrien!

Muje en la calle el huracán más recio;
Continúa su tasca ella impasible;
Corta la blanca tela;
Enhebra el hilo... sigue.

Ya de su pié gracioso al suave impulso,
Con un rumor que apenas se percibe,

— 17 —

Funciona ligerísima
La máquina de Singer.

¡Bendito sea el redentor invento,
Merced al cual hay jóvenes á miles,
Que con fácil trabajo.
Modestamente viven!

Modestamente, sí; pues ¡ay! de aquellas
Que al esplendor del lujo no resisten,
Y en él, cual mariposas,
Vuelan á consumirse!

Refléjase impaciencia en sus pupilas;
Parece ya que de coser termine;
¡Concluyó la tarea!
Levántase... se viste.

Colócase delante del espejo;
¡Bellísimo es el traje... está sublime!
¡Capricho mitológico!
¡Es un disfraz de sílfide!

Destrenzada la rubia cabellera,
Como cascada de oro se descieñe;
Luceros son sus ojos,
Sus labios son rubies.

Dispuesta ya á partir, con ansia espera;
¿Temen acaso el temporal? ¿desisten?...
¡Tratándose de jóvenes,
Tormenta no hay temible!

¡No llegan, sin embargo, y es muy tarde!
Espacio la ventana abre Matilde;

— 18 —

¡Calmó en la calle el viento!
¡No hay nadie que transite!

De pronto, entre las sombras de la noche,
Parece que unos bultos se aproximen;
La convenida seña
Se escucha... se repite.

Cierra, con tiento, la ventana al punto;
Cúbrese con un manto que la abrigue;
Tiembra como si fuera
A cometer un crimen.

¡Oh, la primera vez es que va á un baile!
¡Cuántas después tendrá que arrepentirse!
Reposan mientras tanto
Sus padres... ¡son felices!

Tercera vez repítese la seña;
Temerosa á la puerta se dirige;
Hablar se oye en voz baja,
Risas se oyen y chistes.

Olvidase la llave... de puntillas
Va y la busca... y á tiempo de salirse,
Ve que aún la fresca rosa
La mira y se sonríe.

Antes que la luz mate, la flor coje;
Un delicioso beso en ella imprime;
¡Préndesela en el pecho!
¡Torna á besarla al irse!

Precipitadamente la escalera
Baja, y la flor figúrase que grite:

— 19 —

«¿Adónde vas?... Detente!
¡Ya no eres la que fuiste!»

Reúnese Matilde con el grupo
Que impaciente á la puerta se derrite,
Y al verla exclaman todos:
«¡Bravo! ¡Bien por la sílfide!»

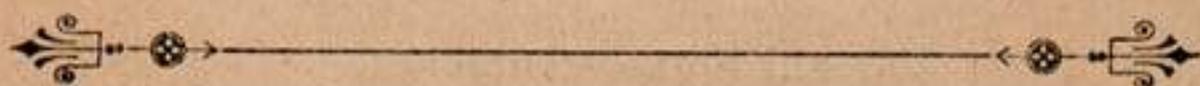
Y parten, y á través de las tinieblas
La perfumada rosa es más visible,
Pues no se ve en el cielo
Estrella que más brille.

Cuando mustia su dueña y fatigada,
Vuelva al paterno hogar y se la quite,
¿Dónde estará su aroma?
¿Qué será de la triste?

Marchita por el suelo y deshojada,
Sin la pura fragancia que despide,
Con el inmundo cieno
Veréisla confundirse.

¡Confunda el cielo al que con planta aleve
La hermosa flor de la inocencia pise!
Si el vendabal la troncha,
¡Salve Dios á Matilde!





BAILANDO ES COMO SE CAE

Sierpe es el baile que atrae
Vuestras almas candorosas;
¡Ya sé que os gusta y distrae!
Pero no bailéis, hermosas:
¡Bailando es como se cae!

Desconoce su interés,
La más experta modista
Que despunta por los piés;
Pues danzando, aun siendo lista,
Fácilmente dá un traspies.

Por sus amigas tentada,
Dejó su morada humilde,
Y una noche malhadada,
Furtivamente, Matilde,
Fué á una alegre mascarada.

Vió allí lujo, ostentación,
Galas, riquezas, derroche,
Y del baile en el salón,
Algo advirtió aquella noche
Que embriagó su corazón.

¡Algo es poco! Un mundo entero
Que imaginado no había,
Donde un joven lisonjero,
Dando vueltas, la ofrecía
Fausto, placeres.... ¡dinero!

Simpático por demás,
En su oído largas horas,
De la música al compás,
Frases puso alhagadoras
Como no escuchó jamás.

Y en tan grave compromiso,
Creyose, al soñar despierta,
Del Profeta con permiso,
Que iba á trasponer la puerta
Del séptimo Paraíso.

Matilde el compás perdió,
Pues con el acento blando
De Luis, tanto se extasió,
Que al fin, turbose bailando,
Dió un tropiezo y.... ¡se cayó!

¡¡Se cayó!!.... y el dulce peso
Recibió el mozo en sus brazos
Con tan amante embeleso,
Que aún más Cupido en sus brazos
Les estrechó con un beso.

Desde entonces, sin temor,
 Su honra, danzando, atropellan;
 ¡Un beso! ¡Funesto error!
 ¡Vaya un timbre con que sellan
 Sus juramentos de amor!

Sierpe es el baile que atrae
 Vuestras almas candorosas;
 ¡Ya sé que os gusta y distrae!
 Pero no bailéis, hermosas;
 ¡Bailando es como se cae!

Luis era un chisgarabis,
 Estudiante y.... ¡casi un chico!
 Puso á la niña en un tris,
 Y con el oro del rico,
 Triunfó, de Matilde, Luis.

¡Madre fué! ¡Título hermoso
 Para la mujer que puede
 Llamar á su amante «esposo,»
 Sin que ostentarlo le vede
 Ningún estigma afrentoso!

Mas si un pérfido engañar
 Consiguió á la desdichada;
 Madre al quererse llamar,
 ¡Cielos! ¡La ruborizada
 Frente tendrá que bajar!

Entre cintas y oropeles,
 Y diges y fruslerías,
 Tras las caricias de mieles,
 Llegaron los tristes días
 De desengaños crueles.

Hastiose de ella el doncel
A quien con el alma adora;
Viose despreciada de él,
Y lloró la acción traidora
De aquel estudiante infiel.

Vil seductor que, al cansarse,
Negándole el nombre á su hijo,
Para mejor desligarse,
Le escribió á Matilde, y dijo
Que iba con otra á casarse.

Ella dudó al contestar,
De él era su ánima toda,
Y le dijo por chancear;
«¡Los dulces, Luís, de tu boda
No me dejes de mandar!»

Mas la caja que los cierra
Pronto ella al ver con desmayo,
¿Su desgracia á quién no aterra?
¡Ay! como herida de un rayo,
Desplomada cayó en tierra.

Volvió en sí, y al meditar,
Pensó otra vez con su honrosa
Labor la vida en ganar;
Mas ¡ya perdió la virtuosa
Costumbre de trabajar!

¡Y sufrió! Y también sufrieron
Sus padres penalidades,
Y el pobre ajuar malvendieron,
Y así á sus necesidades
Por algún tiempo atendieron.

Vino la miseria en pos,
Y, de hambre por no morir,
Con sus hijuelos los dos,
¡Ay! tuvieron que pedir
Una limosna por Dios.

Poco después.... la cuitada
Matilde, al sentirse hambrienta,
De privaciones cansada,
Puso su hermosura en venta,
¡Se entregó á la vida airada!

Camino de perdición,
Por el que, con gran cinismo,
Y, escalón tras escalón,
Se descende hasta un abismo
Donde ya no hay salvación.

A su fondo el baile atrae
Vuestras almas candorosas;
¡Ya sé que os gusta y distrae!
Pero no bailéis, hermosas:
¡Bailando es como se cae!



RISAS Y LÁGRIMAS

Carnaval ha llegado
Con su bullicio;
Salgamos, compañeros,
A divertirnos:
Mas, con la broma,
Hagamos, estudiantes,
Una buena obra.

Por las calles postulen
Nuestros tricornios,
A favor de los pobres
Niños expósitos,
¡Ay! que en la inclusa,
Abandonados lloran
Ajenas culpas.

Alivio de sus penas,
Niñas hermosas,
Sea en su desconsuelo

Vuestra limosna;
¡Almas sencillas!
¡Sed con los angelitos
Caritativas!

Pero.... siga la tuna
Su alegre marcha:
Ya á su balcón asoman
Las chicas guapas;
Ya aquí, con rumbo,
Viene una modistilla
Que vale un mundo.

Proclámenla señora
De la belleza,
Guitarras y bandurrias,
Y panderetas;
Suene la flauta,
Y á su compás gritemos:
«¡Viva la gracia!»

Ya entre vitores, hurras,
Palmadas, bravos,
Por en medio de todos
Abridla paso;
¡Corro formemos!
¡Pise como una reina
Nuestros manteos!

Tricornios por los aires
Rápidos vuelen;
¡Ved qué linda!... se acerca...
¡Sonriendo viene!
¡Anda, Luisito!

— 29 —

¡Ya echa la modistilla
Mano al bolsillo!

¡Él y ella se conocen!
¡Ja! ¡jay! ¡qué gloria!
¡Él la requiebra y ella
Suelta la mosca!
Mas, al soltarla,
¿Lo veis? Por sus mejillas
Rueda una lágrima.

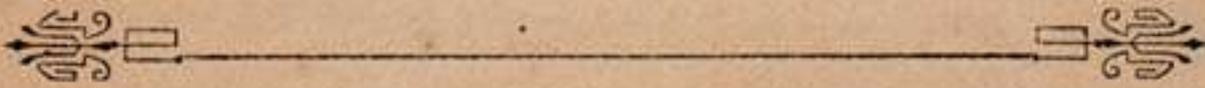
¡Ah, Luis! ¿qué te sucede?
¡Ven aquí, tonto!
¿Por qué de tu cabeza
Cayó el tricornio...?
Quedaste helado,
Y ella, al marcharse, esconde
Su rostro pálido.

¡Cáspita! ¡Si es la misma
Que un año hoy hace,
Con los dos, la inocente,
Se vino al baile!
¡Flor marchitada
Fué en una borrascosa
Noche de máscaras!

¿Qué ha sido todo? Un lance
Carnavalesco;
Y ¡qué! ¿te has afectado?
¡Siga el jaleo!
¿Por qué estás triste?
¡Comprendo!... tu conciencia...
¡Pobre Matilde!

Por las calles postulen
Nuestros tricornios,
A favor de los pobres
Niños expósitos;
¡Ay! que en la inclusa,
Abandonados lloran
Agenas culpas.

Alivio de sus penas,
Niñas hermosas,
Sea en su desconsuelo
Vuestra limosna:
¡Almas sencillas!
¡Sed con los angelitos
Caritativas!



AVE DE PASO

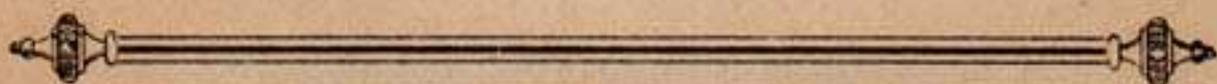
Ya el ruido de la máquina en su casa,
Como antes, sus oídos no recrea;
Por los sitios más públicos pasea,
Y llama la atención por donde pasa.

Elegante en vestir gasta sin tasa,
Con afeites su rostro colorea,
Y amantes sólo en conquistar emplea
Su deshonrosa habilidad no escasa.

Desde que al árbol se acercó prohibido,
Que impulsada Matilde por su anhelo,
¡Ya en su vértigo nada le sujeta!

Pues cuando la mujer, ángel caído,
Rasga de su pudor el casto velo,
Ya no hay indignidad que no cometa.





CRÁPULA

Altar siempre dispuesto y destinado
A rendir al deleite adoración,
Con asiático gusto decorado
Veíase un magnífico salón.

Y haciendo en él ultraje á la decencia,
Torpe el gesto, lascivo el ademán,
Hermosuras con lánguida indolencia
Tendidas por la alfombra y el diván.

Perfumaban aromas el ambiente,
Y allí, como sultanes en su harén,
Los hombres, con sus ninfas, muellemente,
Disfrutaban los goces del edén.

Ante un soberbio espejo veneciano
Contemplaba sus formas una hurí;
Si una apuraba allá excelente habano,
Otra las copas escanciaba aquí.

De la estancia aumentaban los primores
Candelabros y arañas de cristal,
Y excitaba á los tibios amadores
El fulgor de la luz artificial.

Resonaron las notas del piano,
«¡Al baile! ¡al baile!» comenzó á cundir,
Y cada cual con su pareja ufano,
Todos se apresuraron á salir.

Voluptuosa la danza enardecía
Más y más á la impúdica reunión,
Y obscena en el danzar, sobresalía
Una entre las beldades del salón.

Se entendía llamándola «La perla,»
Y una perla bellísima era á fé;
Mas un antiguo conocido al verla,
«¡Es Matilde! se dijo, ¡al fin la hallé!»

Continuaba del baile el desenfreno,
Y cansada la hermosa de danzar,
Tuvo con su pareja por más bueno
Retirarse á la sombra á conversar.

¡Era su amante! aislados departían,
Caricias prodigándose los dos,
Y sólo allí á Matilde descubrían
Sus besos confundidos con su tos.

Los demás, cada cual con su pareja,
Vueltas gozaban mientras tanto en dar,
Cuando la voz chillona de una vieja:
—«¡A la mesa! gritoles ¡á cenar!»

Súbitamente el piano entonces pára,
Cesa el baile, del piano amigo fiel,
Y «¡á cenar! ¡á cenar!» con algazara
Claman todos lanzándose en tropel.

Y en tanto que al festin iban entrando,
«La perla» con su amante se quedó,
Y una flor se entretuvo él deshojando
De las que ella en el pecho se prendió.

Pasaron de la orgia al aposento;
Las viandas principiaron á comer;
Mayor la animación fué y el contento,
Y todo allí fué júbilo y placer.

Indecentes y lúbricas canciones
Hubo, y brindis á Vénus y al Amor,
Y hubo besos de fuego, y libaciones
En que abundante se vertió el licor.

Y ambos sexos al choque de las copas,
Remedando una griega bacanal,
Ebrios ya, desgarráronse las ropas,
Y aquello fué el desorden más brutal.

¡Cuánta depravación y cuánto cieno!
«¡Basta!» irritado Dios debió decir,
Y sintiose al estrépito de un trueno
La casa en sus cimientos recrujir.

Apagó un rudo viento las bujías,
Y al quedar en la densa oscuridad,
Con risotadas saludose impias
La desencadenada tempestad.

Frenéticos á oscuras blasfemaban
De cuanto más sagrado pueda haber,
Y aún del Señor Altísimo brindaban
A que ocupase el trono Lucifer.

Y no faltó sacrilego que ciego,
Y envuelto de la noche en el capuz,
Desde un balcón pidiese al rayo fuego
Para encender rápidamente luz.

Luz que trajo después la vieja harpia,
Y así que aquél recinto iluminó,
Cada cual la postura en que yacía,
Quizás avergonzado, abandonó.

Beoda también Matilde, la bacante,
La suya comprendió, y huyó en un tris,
Pues creyéndose en brazos de su amante,
Se encontró en los del pérfido Luis.

Él perseguirla quiso en su lujuria,
Ella á su seductor tan sólo vió,
Y tomó una botella, y con gran furia,
La frente, al arrojársela, le hirió.

Sangre brotó á raudales de la herida,
Luis cayó sin sentido, y al caer,
Asustada la gente y confundida
Ni alientos tuvo ya para correr.

Con estúpida risa á carcajadas
Celebraba «La perla» su desmán;
Y las demás ramera aterradas,
«¡Huyamos!» le gritaban con afán.

Pero iban á huir, y no podían;
Las fuerzas les faltaban y el valor;
Y ellas y ellos borrachos maldecían,
Y era infernal delirio su furor.

Y al par que las centellas voladoras
Cruzaban de un confín á otro confín,
De un escándalo tal, á aquellas horas,
Se apercibió la autoridad por fin.

Un inspector llamó con su pareja
De guardias á la puerta, y..... ¡oh, ansiedad!
Temblando abrió la repugnante vieja,
Y entró en la habitación la autoridad.

«¡Una víctima, dijo, por el suelo!
¡O declararéis su autor, ó no salís!»
Y «¡Esa, exclamó la vieja sin recelo,
Es la que le ha pegado á Don Luis!»

Y á Matilde, cobardes ó beodos,
En tan crítica y grave situación,
Consintieron, que atada por los codos,
La autoridad llevase á la prisión.

Y, ébria y por polizontes conducida,
Fué desde aquel inmundo cenagal,
A un antro tenebroso; la homicida,
¡Vengose de un vil hombre! ¡Criminal!!



PERLA EN EL FANGO

Paloma que en las garras
Del gavilán caiste;
¿Qué fué ya de la púdica doncella?...
¿Qué de la casta virgen?

Sobre un montón de paja,
Que de lecho la sirve,
Y en un hediondo calabozo oscuro,
Durmiendo está Matilde.

Sueña en aquellos días
Tranquilos, apacibles,
En que, al redor de sus amados padres,
Honrada era y felice.

Sueña en sus hermanitos,
Que en desamparo gimen,
Y aún dichosa, con ellos, de su madre
Los ósculos recibe.

Aún, como en otro tiempo,
¡No es fácil que lo olvide!
Juzga que, puesta en cristalino vaso,
La rosa le sonríe.

Mas, ¡ay, que por el suelo
Marchita se distingue!
La atmósfera candente de la orgia,
¿Qué débil flor resiste?

Destrozadas sus galas,
Sus cintas y sus dijes,
Ruínas de su hermosura solo quedan;
¿Que será de Matilde?

Con la luz de la aurora,
Que empieza á traslucirse,
Los vapores del vino ya en su mente
Fuerza es que se disipen.

Despiértase azorada;
Vé aquella estancia horrible;
Su situación comprende, y de vergüenza
Su ajada faz se tiñe.

Devórala la fiebre;
Agua con ansia pide;
Bríndasela el calabocero; siente
Que el pecho se le oprime.

Se ahoga, aire le falta;
«¡Piedad, Dios mio!» dice;
Tose violentamente, arroja sangre;
No puede más.... se rinde.

— 41 —

Y, en tal estado al verla,
No es, en verdad, posible,
Que un corazón humano sus dolores
Indiferente mire,

¡Ni que su alcaide entrañas
Tuviera como un tigre!
Compasivo dá cuenta, y la justicia
Manda que se la auxilie.

Y á poco, en un carruaje,
Acongojada y triste,
A un hospital llevaban á la enferma;
¡Pobre! ¡Infeliz Matilde!



EN EL LECHO DEL DOLOR

Mariposa seducida
Por el fulgor que derrama
Luz espléndida encendida,
Ves hoy, Matilde, en su llama
Tu hermosura consumida.

Y lamenta tu altivez
Que se extinga tu hermosura,
Cuando no lloras, tal vez,
La ausencia de tu honra pura,
Que era joya de más prez.

Tanto, que no es todo el oro
Que tu memoria recuerde
Comparable á tal tesoro;
Y ¡Ay, de la mujer que pierde,
Su dignidad, su decoro!

Trabajando con ardor
No ha mucho que, en la decencia,
Vivías de tu labor,
Llena el alma de inocencia,
Lleno el corazón de amor.

Tierno amor á tus ancianos
Padres que te idolatraban;
Tierno amor á tus hermanos
Que, aunque niños, te prestaban
El concurso de sus manos.

Tú eras cual piedra angular
Que un edificio sostiene;
Caíste, y se hundió tu hogar:
¿Quién por tus padres no tiene
Lágrimas para llorar?

¡Ah! ¡¡¡Sucumbieron!!! Quedaste
Señora de tu albedrío,
A tus hermanos dejaste....
Y ¡gracias que tú, Dios mío,
Nunca los abandonaste!

Pero ¡Ay! que la sociedad
Con su encanto en tí produjo
Tósigo de vanidad,
Y á precio de un falso lujo
Vendiste tu honestidad.

Te avergonzó en tu modesta
Posición vestido humilde,
Y ambicionaste ir compuesta;
Mas ya de tu honor, Matilde,
¿Qué te resta? ¿Qué te resta?

¡Nada! con el dedo ser
Señalada por el mundo,
Que goza en escarnecer;
Y en un lupanar inmundo
Estenuada perecer.

Vil juguete codiciado
Para entretener al vicio,
Ya de tí el hombre cansado,
A un horrendo precipicio
Sin compasión te ha lanzado.

Abismo de corrupción,
Al que el mundo inexorable
No acude en tu salvación,
Porque no halla al que culpable
Fué de tu prostitución.

No halla al que con seductores
Halagos á tu excitada
Vanidad brindando flores,
Deshojó la inmaculada
Flor de tus castos amores.

No halla al que en tu juventud,
Mancillando tu honra pura,
Robándote la salud,
Trocó en fealdad tu hermosura,
Y en deshonor tu virtud.

Por ella, infeliz, suspira,
Devorando tu miseria,
Que ni lástima te inspira,
Pues sólo en tí ve materia
Y hasta con asco te mira.

¡Malvado! desde su edén
Te arrojó villanamente
A un hospital, con desdén,
Enfermo el cuerpo y doliente,
Enferma el alma también.

Y á cambio de esta vileza,
Mariposa, al fin, sin alas,
¿Qué le debe tu belleza?
Unas miserables galas
Que son tu mayor bajeza.

Galas que, como á traición,
Con escándalo inaudito,
Pregonando están que son
Infamia de su delito,
Causa de tu perdición.

Galas que, si no aumentaron
Las gracias y gentilezas
Con que al nacer te dotaron,
El brillo de tus bellezas
Naturales empañaron.

Galas que á tu juventud
Atractivos no añadieron,
Marchitaron tu salud,
Y, por complemento, fueron
Mortaja de tu virtud.

¡Oh expiación! sin rumbo fijo
No halla tu estado afrentoso,
No halla tu dolor prolijo,
Ni el cariño de un esposo,
Ni el cándido amor de un hijo.

Sañuda la parca atroz
Contigo á intervalos lucha,
Y un ¡ay! exhalas feroz;
¡Nadie tu alarido escucha,
Ni acude nadie á tu voz!

Por eso, desventurada,
Viendo acercarse la muerte,
Maldices desesperada
Tu desliz, tu infausta suerte,
Tu vanidad malhadada.

Y tras tanto maldecir,
Acabas, como impasible,
Blasfemias de proferir,
Sin que cese tu indecible
Tormento. ¡Horrible sufrir!

Moribunda y sin familia
Y en tan desdichado extremo,
¿Quién te asiste? ¿Quién te auxilia?
¿Quién con el Creador Supremo
Tu espíritu reconcilia?

Junto á tí, en el hospital,
Sólo dos sombras se ven:
¡Cuán distinta es cada cual!
Una es el ángel del bien,
Otra es el genio del mal.

Una es la piadosa hermana
De la caridad bendita,
Y otra es la arpía inhumana
Que aún, en silencio, medita
Cómo explotarte mañana.

Una es la esperanza fiel
Que hasta la tumba dá alientos
Con sus palabras de miel,
Y es la otra, en tales momentos
Tu remordimiento cruel.

Fúnebre lámpara alumbra,
Las tinieblas acrecienta,
Y espectros en la penumbra
Vagar tu calenturienta
Imaginación columbra.

Mas ve, entre el negro capuz
De la noche, ve infelice
Cómo agoniza esa luz,
Ante un Cristo que te dice:
«¡Ven, y abrázate á mi cruz!»

Ya, pues, que el perdón te ofrece,
Y como á la Magdalena
La contrición te enaltece,
Amándole como buena
Tu espíritu fortalece.

Pero si has de proseguir
En tu extraviado sendero,
Más, mucho más que existir,
Sobre ese lecho prefiero
Verte, entre angustias morir.

Pues digna así de la palma
Del martirio y la victoria,
Tranquila y en santa calma,
La Caridad á la gloria
Encaminaría tu alma.

— 49 —

Mientras la odiosa mujer
Que te asedia hasta en el lecho
Del dolor, tu triunfo al ver,
Rugiría de despecho
Cual vencido Lucifer.

¡Paz! la paz que tu destino
Te arrebató asaz tirano,
Halla al fin de tu camino:
Si no, Matilde, el humano,
Sálvete el *amor divino*.



HACIA LA GLORIA.

Dios que, en medio de tantas liviandades,
Virgen una conciencia en ella vió,
De su honra en el naufragio, aún por ventura,
Quiso á flote sacar su corazón.

En el santo hospital, de unas piadosas
Hermanas escuchó la dulce voz,
Y desde entonces, sólo en retirarse
Ya de la vida mundanal pensó.

¡Consagrose al trabajo! Un hombre honrado,
Y al vulgo en sentimiento superior,
Regenerada la admiró y virtuosa,
Y al de Matilde su destino unió.

En su modesto albergue fulguraba
De la felicidad el claro sol,
Y, en perfecta armonía, y sin afanes,
Labrábanse envidiable posición.

Sus niños, con sus gracias infantiles
Completaban la dicha de los dos,
Y, á mayor abundancia, sus hermanos
La buena de Matilde recogió.

Todo contento y paz era en su alegre
Vivienda, bendecida del Señor,
Hasta que de improviso una desgracia
De luto la llenó y desolación.

¡Consecuencias del vicio! ¡Ay, de Matilde!
¡La más terrible enfermedad la hirió!
Causa de los pasados extravíos,
Volvió á reproducirsele la tos.

A fuerza de cuidados y desvelos,
Cuando su mal la ciencia desahució,
Su esposo, como el fuego las vestales,
Conservó aquella vida con amor.

Pero al llegar, después de algunos meses,
Del Otoño la tétrica estación,
La tisis, que minaba su existencia,
Su demacrada faz transparentó.

¡Lástima daba la infeliz Matilde,
Que puesta siempre la esperanza en Dios,
Sobre la blanca almohada reclinada
Tenía la cabeza en un sillón!

Declinaba una tarde; el sol poniente,
Con luz de melancólico fulgor,
Del balcón resbalando en los cristales,
Penetraba en la estrecha habitación.

Y, aún á través de la cerrada estancia,
Escuchábase el sórdido rumor,
Que producen, cayendo de los árboles,
Las hojas que arrebató el aquilón.

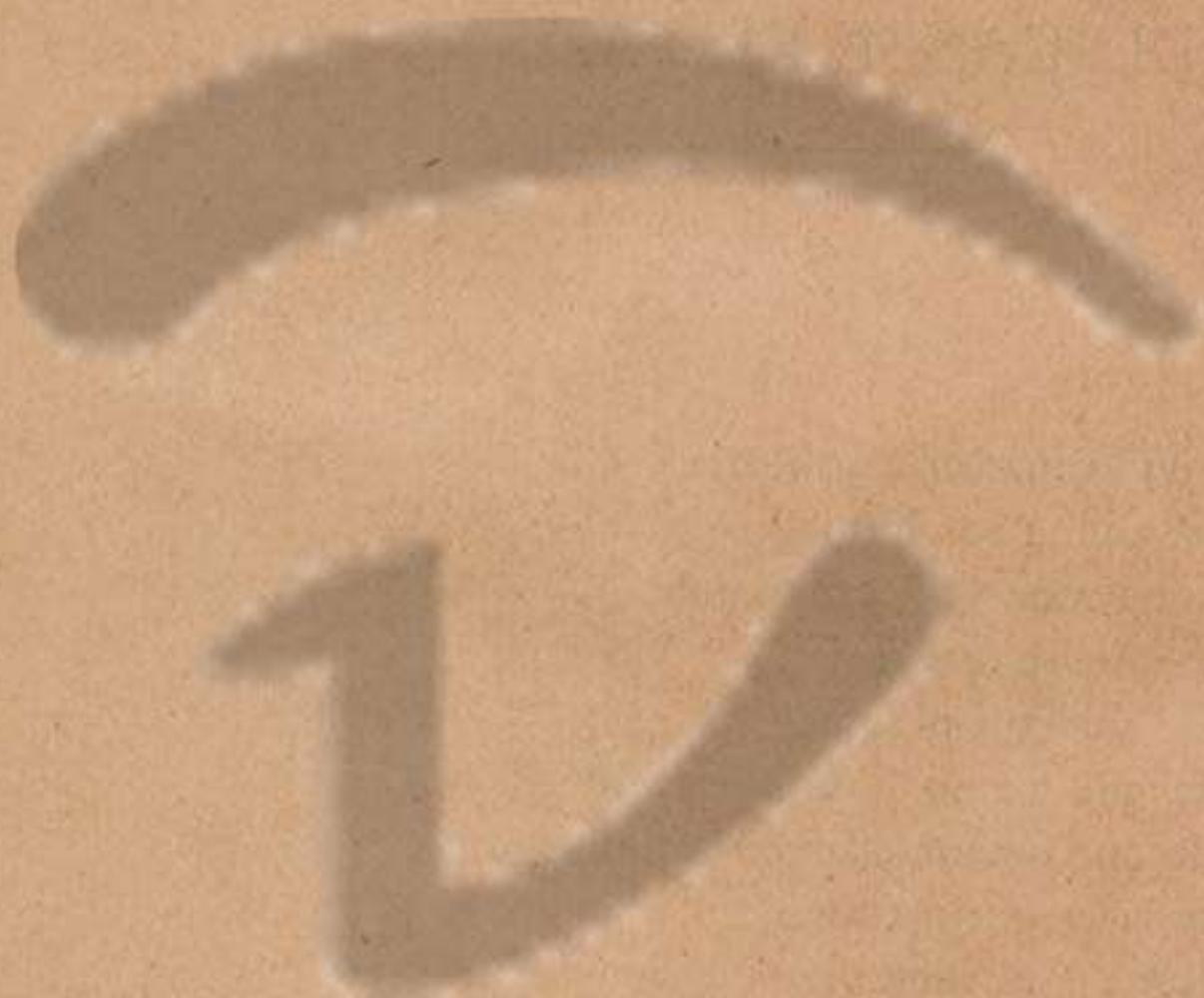
Rodeaba con afán á la paciente
Su angustiada familia, y... ¡oh, dolor!
Vuelto el rostro, lloraba de aquél ángel
La ya desesperada situación.

Sentiase morir, y habló la enferma:
«¡Adiós, pedazos de mi alma, adiós!»
Tosió, no pudo continuar, y dando
Débil suspiro se extinguió su voz.

¡Esposa mia!! ¡¡Madre!! ¡Hermana!! todos
Gritaron los que estaban en rededor,
Y el corazón saltándoles de pena,
Inspiraban, llorando, compasión.

Y en tanto que una negra mariposa
En la lúgubre estancia se internó,
Y en el cirio que ardía ante una imagen
Consumía sus alas de crespón,

En la diáfana frente de Matilde,
Que irradiaba purísimo arrebol,
Con signos de oro un serafín trazaba
La más sublime frase: «¡REDENCIÓN'»



INDICE

	<u>Página.</u>
Dedicatoria.	5
La lírica y el naturalismo.. . . .	7
La gota de agua.. . . .	13
Metamórfosis.	15
Bailando es como se cae.. . . .	21
Risas y lágrimas.. . . .	27
Ave de paso.	31
Crápula.. . . .	33
Perla en el fango.. . . .	39
En el lecho del dolor.	43
Hacia la gloria.	51
¡Descanse en paz!	55